

EDITORIAL

Este 21 de octubre cumplimos 89 años de existencia institucional y desde ya, un balance de todo el aporte que el MAA ha dado a la historia de nuestro país puede resultar algo trillado, pues desde hace algo más de un año, una exposición ha contado todos estos avatares, "Memoria y origen" contó esta historia. Creemos que lo hizo bien. Planteó la necesidad de reconstruir todo el proceso de crecimiento y fortalecimiento de una institución universitaria que día a día lucha por el reconocimiento, por la valoración y por la construcción de nuestra identidad histórica nacional, desde la investigación universitaria.

Si bien es cierto, hoy en día, la universidad contribuye muy poco a la investigación arqueológica, reduciéndose sus acciones al mantenimiento del MAA y sus colecciones de manera esporádica, no dejaremos de reconocer que la mística, permanencia y perseverancia del personal que labora en él, es el único aliciente que permite contar con un museo como este. Esto debería, luego de estos 89 años transcurridos convertirse en un argumento de protesta y reclamo para destinar más fondos a las inminentes labores de investigación que un museo deba tener.

Cuando uno hace recuento y retrocede en el tiempo hasta los mismísimos tiempos del maestro Julio C. Tello, encuentra una situación similar, pues estuvo casi solo peleando contra el gigantesco aparato administrativo de la universidad para sacar adelante el primer museo universitario del país. No extrañaría que se haya tropezado con los mismos sistemas de tramitación y expedientes que actualmente debemos padecer para poder cubrir los gastos de una exposición determinada; no extrañaría tampoco que se haya tenido que enfrentar con funcionarios que entienden poco o nada de la labor cultural de un museo y tampoco extrañaría que, luego que consiguió alguna meta trazada, todas las autoridades de turno celebraron y se vanagloriaron con los resultados obtenidos.

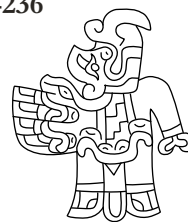
Lejos de estas amargas experiencias, permítanme compartir con ustedes este número especial del Boletín del MAA, reproduciendo uno de los discursos más coherentes que Julio C. Tello disertara con motivo de la Inauguración del Museo de Arqueología Peruana publicado en El Comercio un 13 de diciembre de 1924 y que fuera publicado por la Universidad en el ya clásico texto "Páginas Escogidas" de 1967.

Sentirán señores, como hemos sentido en el museo, que las cosas que hay que hacer son casi las mismas que se necesitaban en tiempos de Tello y esto, en vez de acercarnos al maestro, nos motiva una desesperante frustración que las cosas no mejoran mucho o más bien retroceden. Que sirva entonces este recuerdo de los 89 años de vida institucional para reflexionar y para aumentar los esfuerzos y las luchas para que la investigación científica recupere su sitio en los museos.

Carlos Del Águila

Especial

ISSN 1680-4236



Boletín

Museo de Arqueología y Antropología

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Rector

Luis Fernando Izquierdo Vásquez

Vicerrector Académico

Víctor Antonio Peña Rodríguez

Vicerrectora de Investigación

Aurora Marrou

Centro Cultural de San Marcos

Director General

Federico García Hurtado

Director Ejecutivo

Roberto Velásquez Gutiérrez

Museo de Arqueología y Antropología

Director

Carlos Del Águila Chávez

Av. Nicolás de Piérola 1222, Lima 1

Teléfono 6197000 anexo 5216

www.ccsm-unmsm.edu.pe/arqueologia/index.htm

Correo electrónico:

museoarql.ccsm@unmsm.edu.pe

Año 11, octubre 2008





EL MUSEO DE ARQUEOLOGÍA PERUANA*

Julio C. Tello

...El estudio del Perú antiguo no solo interesa a los peruanos que estamos obligados a conocer la historia patria, sino a todos aquellos que creen que la historia es una fuerza activa...

1. Sus fines y Propósitos

Esta ceremonia tiene un alto significado en la vida nacional. Por ello se inaugura una institución científica que se propone conservar las reliquias de la antigüedad del Perú; estudiarlas y utilizarlas debidamente en la educación pública, a fin de fortalecer la conciencia nacional manteniendo vivo, en la generación presente, el sentimiento de dignidad ética, basada en la noción de las grandes obras realizadas en lo pretérito, para intensificar nuestra fe y confianza en las obras aún mayores que estamos obligados a realizar en el porvenir.

2. El Museo como custodio de las Reliquias Históricas de la Nación

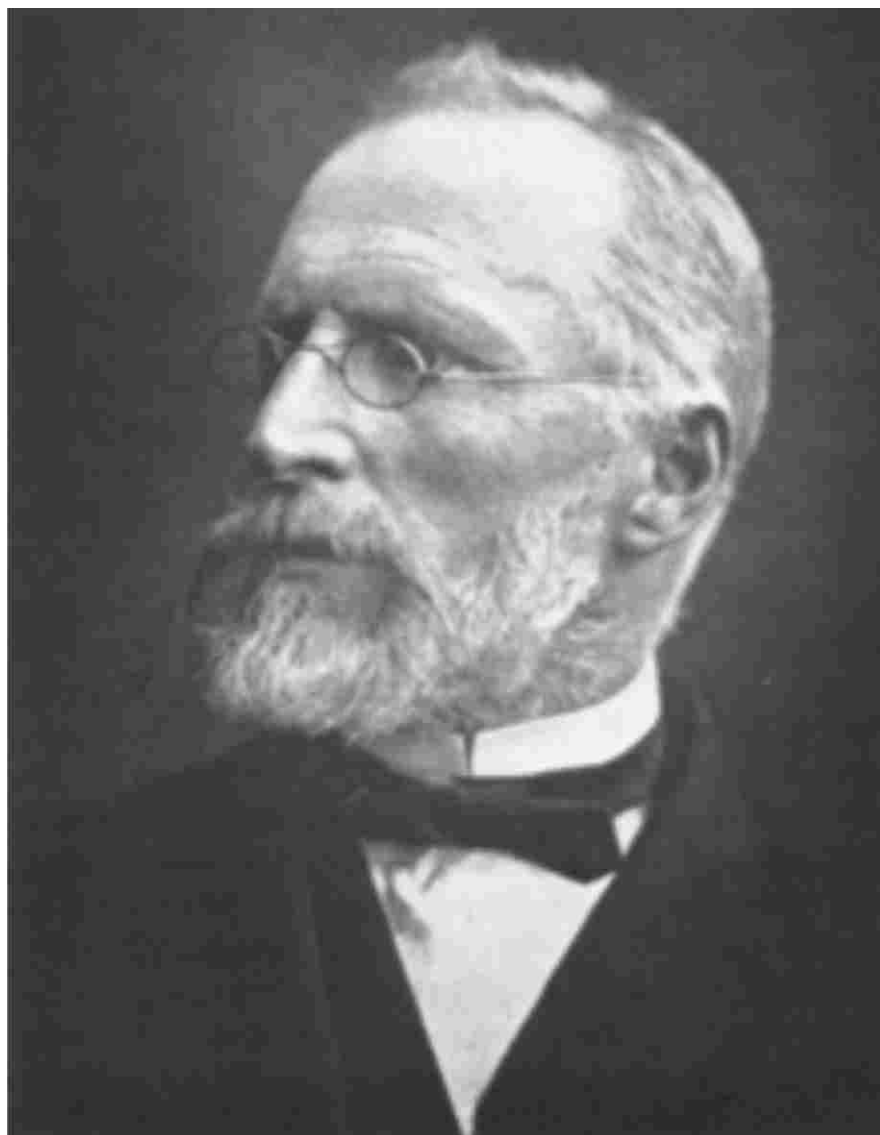
Este Museo se crea con el objeto de preservar los productos de la múltiple actividad del hombre en el Perú, así los que ilustran su historia biológica, como la de sus artes, industrias, usos, costumbres y todos los testimonios históricos que permitan conocer su civilización, indagar su origen y trazar su filiación étnica. Se esforzará por exhibir, debidamente clasificados, los objetos de los monumentos, las reconstrucciones de sus principales ciudades y templos, los obeliscos, estatuas y relieves que todavía quedan en el territorio del Perú.

Tratará, además, de ser centro de informaciones para todo lo relacionado con el estudio de nuestra raza aborígen; recopilará las obras de los escritores y analistas que se ocuparon

de los indios a raíz de la conquista; los trabajos de los investigadores modernos que estudian nuestro pasado; y, por último, guardará las tradiciones, mitos, relatos de ceremonias gentílicas y toda esa herencia de ideas y preceptos que todavía controlan la vida física, intelectual y emotiva de nuestro pueblo.

Por vez primera se crea en el Perú un instituto científico destinado a estudiar la civilización de nuestros mayores; a satisfacer no solamente una necesidad nacional, sino universal. El estudio del Perú antiguo no solo interesa a los peruanos, que estamos obligados a conocer la historia patria, sino a todos aquellos que creen que la historia es una fuerza activa, que no solo ilumina el porvenir, sino que marca inexorablemente el destino de la humanidad. Es por esto, que las naciones más cultas del globo acaparan ávidamente en sus museos nuestras reliquias arqueológicas, y los cultivadores de la historia indígena censuran con acritud nuestra indiferencia y descuido por la conservación y estudio de las antigüedades del Perú.

En 1885 escribía Tschudi: "Quizás podría suponerse que en Lima, capital del Perú, distante solo unas cuantas millas de una de las más importantes necrópolis del país podrían haber sido conservadas las



Johann Jakob von Tschudi.

numerosas antigüedades; pero no sucede eso, pues el Museo Nacional ha sido siempre lo más pobre en ella, de tal manera que muchas colecciones particulares en Europa poseen, aisladamente, un número de antigüedades peruanas, inmensamente superior al que jamás hayan podido reunirse en las colecciones públicas de Lima. Varias veces han sido objeto de robos y rapiñas, y últimamente, los chilenos vencedores las saquearon en forma.

En este caso, también son responsables los círculos dirigentes por su indolencia o ignorancia, especialmente los gobiernos que incurrieron en un descuido irreparable, cometiendo un verdadero delito contra su patria. Sin embargo, ahora mismo se podría hacer mucho de bueno con un gobierno levantado y un ministro de instrucción que a su ilustración aunara el amor a la ciencia y a su propio país".

Y Uhle en 1915 se expresaba en el Segundo Congreso



Max Uhle.

Científico Panamericano, con estas conmovedoras frases que deben ser meditadas por todo peruano: “Los Estados americanos son jóvenes en los campos más variados de la vida, no han despertado todavía al entendimiento de su deber; disipan las fuerzas de su juventud sin pensar en las necesidades que tendrán en el tiempo de su madurez. Ahora la historia les parece de poca importancia, gozan su vida como si nunca hubiese de venir el tiempo en que necesitarán las fuerzas sacadas

de las enseñanzas del pasado para mantenerse derechos. Sin embargo, este tiempo ha de venir a ellos como ha venido para todos los otros Estados modernos del mundo. Vendrá por eso el tiempo en que por necesidad se habrán de acordar de las fuentes de la historia precolombina del suelo que ocupan, para encontrarlas quizá después, exhaustas por la indiferencia punible de los siglos pasados. Entonces les faltarán las raíces profundas echadas en el suelo por medio de la historia, y como plantas acuáticas, sin raí-

ces, perecerán expuestas a ser desalojadas por el viento en el océano del continente que nunca habían hecho suyo penetrando en su pasado. Lo que se ha perdido en los años pasados nunca se puede restituir en los años que vienen. Pero un deber sería para los Estados existentes, proteger, conservar y asegurar lo que del patrimonio de la antigüedad les ha quedado todavía como restos, sea en cementerios antiguos todavía no descubiertos, pero en cada momento descubribles, sea en sepulturas aisladas escapadas de la rapacidad de los explotadores, sea en monumentos no destruidos o no decaídos todavía, pero en cada momento amenazados de desaparecer. Al mismo tiempo, los que no han principiado todavía a encargarse de la tarea de reconstrucción de la historia precolombina de su suelo, por medio de la arqueología y de la antropología, deberían principiar con la organización de esos estudios dirigidos al mejor entendimiento de sus propios fundamentos. Porque el grado de madurez de la clase de civilizaciones a que pertenecen lo exige y, además, no hay mejor manera de reaccionar contra la letargia usual y la devastación consumada de los documentos de la antigüedad, que debilita su porvenir, que la realización del trabajo positivo por estudios históricos bien dirigidos”.

Abre sus puertas, hoy, la institución tan insistente-

mente reclamada. No se va a inaugurar una exposición de curiosidades, que sirva de solaz al pueblo o distracción a los turistas, sino un centro de investigaciones científicas y una escuela donde se forjen los futuros ideales de la patria. Una institución que se empeñe en ampliar los límites actuales de nuestro conocimiento histórico, que fortalezca nuestro espíritu y asegure nuestra fe en el progreso del país.

Estamos obligados a conocer la historia del suelo que guarda las sagradas cenizas de nuestros padres y el territorio que defendieron con su sangre, que lo trabajaron con sus sudores y lo utilizaron en beneficio de ellos y de la prosperidad.

3.El Museo como centro de investigaciones científicas

Esta labor no puede ser realizada sino por un Museo que se mantenga en constante actividad, que explore el territorio nacional, que practique excavaciones en los cementerios gentilicios, y que, necesariamente, de a conocer el resultado de sus trabajos mediante publicaciones adecuadas, así para los especialistas como para el público en general.

Los objetos arqueológicos hasta hoy acumulados en los museos extranjeros y nacionales, a pesar de su importancia artística o ilustrativa, no tienen todo su valor histórico, porque habiendo sido, la mayoría de ellos, arrancados de las sepulturas por personas inexpertas y traficantes en antigüedades, les falta ciertas condiciones esenciales, como el conocimiento exacto del lugar en donde fueron descubiertos. Además, no han sido clasificados metódicamente hasta hoy, porque especies extraídas de una zona determinada del Perú se han diseminado por todo el mundo y no han sido recogidas aquellas que, si bien no tienen valor artístico y representativo, tienen importancia histórica y científica.

Dado el número y variedad de objetos con que cuenta el Museo que se inaugura, procedentes, casi en su totalidad, de solo dos regiones de la costa peruana, será posible emprender un ensayo de clasificación sistemática, for-

mar series de especies similares, de objetos que ilustren un tema etnológico o un hecho histórico claramente definido. De este modo, se podrá estudiar, igualmente, la historia evolutiva del arte decorativo y obtener un conocimiento casi completo de ciertos usos, costumbres, prácticas y ritos religiosos. Es así como se podrá reconstruir muchas páginas y, tal vez, capítulos enteros del gran libro de la historia patria.

En una institución como ésta, que inicia su vida contando con la colección de antigüedades peruanas más grande del mundo, es posible iniciar también trabajos que abran nuevos horizontes, no sólo en el conocimiento del antiguo Perú, sino aún en los métodos y procedimientos de la investigación arqueológica.

Utilizando, simultáneamente, todas las fuentes históricas, levantando los planos de las ruinas, reconstruyendo las antiguas poblaciones, trasladando en mapas los gigantescos caminos y canales de irrigación, reproduciendo los modelos típicos de los templos, fortalezas y tumbas, acumulando los originales y réplicas de toda especie que puede tener un significado histórico, se adquirirá un conjunto de hechos depurados y la seguridad en la interpretación de las representaciones plásticas y gráficas del antiguo arte peruano; y, se apreciará, en su justo mérito, el rol que el antiguo Perú desempeñó en la historia de la civilización.

4. El Museo como centro educacional

Este instituto será, además, un centro educacional. Aquí el investigador encontrará las fuentes históricas originales; el profesor universitario podrá ilustrar sus lecciones con los más genuinos testimonios históricos; los maestros y alumnos de los colegios podrán familiarizarse con las características del arte y el conocimiento de los hechos pasados más culminantes. El Museo es la institución educacional democrática por excelencia; es el medio más eficaz para vulgarizar las enseñanzas de la historia.

Si tenemos conciencia de nuevos deberes para con el destino de la patria, estamos obli-



Wiñay Wayna, Cusco. Tello y su equipo, 1942.

gados a trabajar empeñosamente en la magna labor de educar al pueblo, despertando el espíritu solidario de grupo y forjando así la conciencia nacional.

Bien sabemos que el cataclismo sorpresivo de la con-

quista paralizó, intempestivamente, las actividades creadoras de los indígenas, destruyó junto con su civilización los fundamentos de la nacionalidad.

El lema político de los Inkas era trabajo especializa-

do y organizado cooperativamente, base de todo progreso físico, intelectual y social. En los tiempos heroicos del Imperio, todo estuvo encaminado en convertir al hombre, desde niño, en un factor dinámico, orientado hacia el dominio de la naturaleza y hacia la explotación de las riquezas del suelo, mediante el trabajo cooperativo, intenso y tenaz. El trabajo fue un placer, no un dolor.

Los que trabajan bajo la férula y amenaza mortal de un amo con poderes divinos y absolutos, esos no se especializan en las artes o en las industrias que demandan el ejercicio de facultades mentales y emotivas superiores. No habrían jamás producido aquellas obras que revelan labor paciente, delicada y espiritual.

Trabajo especializado hasta convertirse en ocupación placentera, trabajo cooperativo organizado; he aquí, lo que produjo la asombrosa civilización de ayer; y si las leyes biológicas han de cumplirse, una vez más, en la sociedad peruana, es esto lo que producirá la grandeza del porvenir.

La conquista causó un desequilibrio en la sociedad. Por un lado, el indio ante el doloroso espectáculo de la dominación española, quedó aletargado; perdió en su decepción la noción del progreso; por otro lado, el conquistador se esforzó por reemplazar en la clase vencida el ideal positivo y munda-

no, que busca la felicidad en esta vida mediante el trabajo y el dominio de las fuerzas y recursos naturales, por aquel otro que considera la vida como un lugar de expiación y dolor en aras de una felicidad ultraterrena.

La conciencia de la nacionalidad, el espíritu de grupo, el lazo poderoso que une a los hombres por un sentimiento de dignidad, íntimo e intenso, hacia la tierra natal, avivado por el recuerdo de los grandes hechos realizados en el pasado, se debilita y casi desaparece.

Grandes ciudades indígenas construidas en medio de extensos jardines artificiales; palacios edificados sobre amplias plataformas y majestuosos templos piramidales, se convierten en masas de escombros; caminos y canales de irrigación, que recorren enormes distancias, y campos extensos e irrigados mediante trabajos que hasta hoy perduran, causando el asombro de la ingeniería moderna, son abandonados; la enorme población es esclavizada y arrasada; y sus obras de arte son destruidas y quemadas, como medio de extirpar toda revelación objetiva del sentimiento religioso indígena.

La historia de estos acontecimientos nos llega por informes, crónicas y anales escritos con criterio y normas morales completamente distintos del de los indígenas. Por esto no hemos logrado conocer, cuando no se posee más fuentes de investigación que los documentos escritos, la verdad acerca de la historia aborígen. Solo, cuando se estudia al hombre científicamente, es cuando se adquiere una noción clara de la importancia y grado de cultura, alcanzado por nuestros antecesores, y se rehabilita la dignidad del aborígen.

Como hijos de madres indígenas; de la madre patria autóctona, la grande y única madre, nos corresponde, por derecho de herencia, imitar su ejemplo, seguir sus enseñanzas y glorificar su recuerdo. Si somos dignos de pertenecer a la especie humana, nuestro primer deber es para con nosotros mismos; para conservar fiel y religiosamente nuestras tradiciones, para trabajar por la vida y felicidad de aquella porción de la familia peruana que se halla a nuestro cuidado, y des-

cargar nuestras responsabilidades con la posteridad.

Convertir a un hombre semi esclavizado, por el peso de la ignorancia e injusticias de cuatro siglos, en un hombre digno y orgulloso de su estirpe, mediante el exacto conocimiento de su pasado glorioso, es la mejor, sino la única, manera de sentar los fundamentos de la futura prosperidad étnica y reconsagrar definitivamente la nacionalidad.

Nuestro árbol genealógico tiene raíces profundas y vigorosas que, en otros tiempos, extrajeron de esta tierra la savia que alimentó una raza de gigantes. Se ha cortado el tallo por la conquista europea, pero nuevos y vigorosos brotes del tronco gigantesco de la nacionalidad, nuevos retoños, comienzan a aparecer; ellos crecen y crecerán alimentados con la misma savia indígena al impulso de las nuevas ideas del siglo en que vivimos.

Este Museo se debe al espíritu, a la vez, idealista y práctico, del filántropo Víctor Larco Herrera, que no escatimó energías ni dinero para realizar su patriótico empeño de acumular este gran tesoro de antigüedades peruanas, esta colección, sin rival en el mundo, que se hallaba diseminada en poder de particulares y, por lo tanto, siempre en peligro de salir del país.

Su adquisición por el Estado, significa, Señor Presidente, en mi concepto, uno de los actos más importantes y trascendentales de vuestro gobierno. Con ello manifestáis, elocuentemente, vuestra filosofía de la vida, vuestra filosofía optimista os hace ver siempre, en la penumbra del horizonte nacional, el faro luminoso de la gloria futura. Patriota de corazón, invocáis el alma gigante de la raza, al hado que guía el destino de la Nación, haciendo vibrar las fibras más sensibles del corazón de la patria, fortaleciendo la fe y la esperanza de su grandioso porvenir, y comprometiendo muy hondo la gratitud nacional.

* Discurso pronunciado en la ceremonia de inauguración del Museo de Arqueología Peruana, el 13 de diciembre de 1924. "El Comercio", Lima, 14 de diciembre de 1924. "Reforma Universitaria". Lima, 1928, págs. 83-91.

